Miguel Murillo Gómez

Miguel Murillo Gómez (Badajoz, 1953). En 1976 se traslada a Tenerife para trabajar como maestro en las Casas de Afur (Anaga) hasta 1980. En La Laguna colabora con el Ateneo y presenta al grupo de Teatro de su Escuela Unitaria de Afur. En 1980, a su regreso a Badajoz, gana el Premio Torres Naharro con *El reclinatorio*, obra que estrena bajo la dirección de José Luis Alonso de Santos. También cuenta con los Premios Constitución de Teatro, Lope de Vega y Premio Internacional del Festival de Caracas.

Algunas de sus obras más significativas son *Las maestras* (1985), *Perfume de mimosas* (1988), *Un hecho aislado* (1993), *El pájaro de plata* (1999) y *Armengol* (2006). Actualmente dirige el Teatro López de Ayala de Badajoz y es miembro de la Junta Directiva de la Asociación de Autores de Teatro.

FRENTE AL ESPEJO

GLORIA está frente al espejo del baño, se retoca la cara con maquillaje, se borra la línea de los labios y vuelve a marcarla, intenta ordenar sus cabellos rebeldes.

GLORIA se mira al espejo y suspira.

No me pasa nada... tranquila.

Salgo en un minuto, madre... en un minuto estoy lista, en un minuto acabo de ponerme guapa, como a ti te gusta, madre... como a ti te gusta. (*Con rabia vuelve a borrar la línea de sus labios.*)

En un minuto estoy lista, dispuesta a comerme el mundo, madre... a comerme el mundo y a quienes lo habitan... (*Casi sollozando.*)

Porque hoy es sábado... ¿qué, te parece...? ¡Ya es sábado! Pasan volando los días, las semanas, los meses y los... años, madre.

Pasan volando y, de repente, ¡zas! estamos en sábado por la tarde y tenemos la obligación (*con más rabia*) de comernos el mundo... y a quienes lo habitan y lo que sea, madre... con tal de comer algo.

Ya es sábado por la tarde ¿quién lo diría? y estoy... (*ahoga un sollozo*) ¿eufórica...? ¿estoy eufórica? ¿lo que se dice eufórica? (*Casi no puede hablar por el sollozo.*)

¡No sabes, madre, lo eufórica que estoy! Me recorre un gusanillo las entrañas... un no sé qué de emoción, una sensación parecida... (*se huele las axilas*) parecida a este desodorante que embriaga a quien lo huele desde el amanecer hasta la seducción... nocturna. (*Abatida.*)

(*Grita.*) ¡Estoy tan eufórica que me abriría las venas ahora mismo!

Un minuto, madre... sólo un minuto... y ya estoy. No, descuida, no llegaré tarde, no perderé el autobús, no dejaré plantado a nadie... (*baja la voz*) porque no me espera nadie...

Sí, estoy eufórica perdida... ya desde ayer al mediodía cuando cerré la puerta de mi despacho, me dije... ¿qué es lo que te ocurre, Gloria, qué te pasa?

Y ahora me lo explico, estaba empezando a ponerme eufórica, eso es... me estaba poniendo como una moto... (*más abatida*) porque hoy es sábado... y me voy a comer el mundo, o el mundo me va a comer a mí... o nos vamos a comer los unos a los otros.

¡No! No te preocupes... que la honra es lo último, pero lo último, último, que espero perder esta noche... La dignidad no sé... pero la honra no te la pierdo, madre, por mucho que quiera... salvo imprevistos, por más que lo desee, no creo que la pierda... ¿Es que acaso no me has visto en estos últimos cinco años? Pues por eso... madre, por eso...

¿Programa? Pues muy sencillo... cogeré el setenta y tres, el autobús que me deja justo en mitad de la plaza, allí me bajo, besaré al primero que pase... (*alza la voz*) ¡las besaré a todas, a mis fieles amigas...! Al primero que tenga la osadía de fijarse en mí, le beso... luego vendrán las explicaciones... pero esta tarde doy un beso, madre, o muchos, porque mi conciencia no soporta más la farsa... (*Alza más la voz.*) Luego iremos hasta el cine a hacer cola...

(*Voz baja.*) Como comprenderás, me importa un pito llegar con la película empezada, sentarme atrás o en la primera fila, saber qué película echan... dormirme, comer palomitas o morderme las uñas... A una solitaria... a una mujer como yo... (*se marca con fuerza los labios*) a una muchacha decente de cuarenta y dos años... el cine, los óscar, las palomitas y el acomodador... nos importan un pito o dos...

No, madre, nada de películas de terror, que luego te doy una noche de perros... luego sueño y hablo en voz alta y bebo agua... (*voz baja*) y siento unas enormes ganas de abrir la ventana de mi cuarto y mandar mi honra al aparcamiento de abajo envuelta en mi camisón de solitaria...

No pienso ver ninguna película de terror... De amor sí... de mucho amor... de las que te pegas una tupitaina de llorar que sales del cine con los ojos como pucheros... Todas lloramos, pero yo soy la que más llora... (*derrumbada*) la única que llora... la única..., madre... la que no puede ni agarrarse al brazo del compañero de butaca porque, sencillamente, no tiene compañero de butaca...

Ya salgo, madre... en cuanto me arranque... (*rectifica*) me coloque el pelo... y me eche colonia... y me empolve estas carnes lacias que se doblan unas sobre otras para ponerse a sudar como tocinos de cerda... y me ponga el desodorante de seducir, y deje este rastro de monja arrepentida que inunda el pasillo, el ascensor, la calle, el autobús y la ciudad, y que a ti tanto te gusta.

Después del cine iremos a la cafetería, a merendar.... a colocar mi gran culo en una banqueta, a pegarme en el asiento de plástico y sorber el batido de vainilla mientras entran y salen las parejas, mientras se acodan esos hombres solitarios que beben cubatas y juegan a las tragaperras y me miran sin interés...

No sea mala, madre... vamos (*baja la voz*)... voy a la cafetería a merendar... ¿un ligue...? igual sí, igual aparece un elegante joven, uno de esos que aparcan la moto en la acera y se peinan mirándose en los cristales del bar, y piden agua mineral con una voz ronca de macho que llena toda la cafetería... igual llega uno de esos tíos con pantalones estrechos, marcando...

(*Desiste*.) Un idiota cegato que no tiene otra cosa que hacer que venir a mi banqueta para prometerme el cielo y el infierno... ¡No te jode!

No, madre... no me he puesto mala... son estos pelos rebeldes que tanta gracia te hacían... y que maldita gracia me hacen... en un minuto los pongo en su sitio y salgo...

Por la honra no te preocupes... nadie se preocupa ya de la honra, eso era cosa de la posguerra... ahora lo que importa es la dignidad, eso es, la dignidad... Porque la dignidad, madre, lo que se llama dignidad y tú siempre has llamado honra, vergüenza, buen nombre y todas esas memeces, se puede perder una tarde de sábado cuando uno de esos tíos de cubata y tragaperras, no de los de la moto, sino los de la caspa y la barriga cervecera, se te arriman para contarte por qué no están con su señora esposa... por qué no se acuestan con su señora esposa... eso lo dicen al cuarto cubata, por qué se van contigo en ese coche lleno de fotografías de niños que le piden que no corra mucho, papá... por qué se van contigo hasta las afueras y te soban torpemente, y te echan el aliento en la cara, y te llaman "mi gordi" y "corazón..." y tú acabas vomitando en un arcén cualquiera, vomitando tu dignidad sobre el asfalto, antes de coger de nuevo el setenta y tres y volver a casa para intentar dormir sin soñar con la película de terror que acabas de ver... La dignidad, madre... la dignidad...

Ya salgo, madre... (*se incorpora para salir*) verás lo guapa que estoy... lo eufórica que estoy... lo alegre que estoy... porque es sábado, madre... sábado por la tarde...

NOTA

Texto publicado en: VV.AA., *Maratón de monólogos 2003*, Madrid, Asociación de Autores de Teatro, 2003, págs. 119-122.